

A person wearing a white t-shirt is shown from the chest down to the knees. Their hands are clasped together and resting on their lap. The background is a soft, warm gradient of orange and pink. The text is overlaid on the image.

ESMALTE

UN RELATO ERÓTICO GAY

DE UÑAS

GABRIEL ROJO

ESMALTE

UN RELATO ERÓTICO GAY

DE UÑAS

G A B R I E L R O J O

Copyright © Gabriel Rojo, 2024

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

noviembre de 2024

Por lo que podría ser.

A Salva le gustaban las mujeres. Llevaba tres años con Laura, su relación más larga hasta la fecha. Conocía a su familia y era siempre bienvenido en casa de los padres de ella. Laura tenía un hermano menor, Tobías, y, aunque él no lo había reconocido ante su familia, Salva sabía que el chaval era maricón perdido. Desde el primer día que su novia lo trajo a casa, Salva notó que el hermanito se lo comía con los ojos. Tenía casi veinte años, pero la combinación de su corta estatura con aquel imberbe rostro y complexión delgada daban la impresión de que Tobías contaba con un par de años menos de los que en realidad tenía.

Desde el principio, Salva sintió que, si pudiera —o si se atreviera—, Tobías se le lanzaría encima y le arrancaría la ropa. Aquellos ojos azules, con larguísimas pestañas, no perdían nunca la oportunidad de examinar el musculoso cuerpo de gigante de Salva que, con sus ciento noventa y cuatro centímetros, se alzaba imponente sobre el hermano de Laura, que apenas alcanzaba el metro sesenta y cinco.

Tobías había comenzado a dejarse el cabello algo más largo que de costumbre. Sus ondulados mechones dorados enmarcaban el fino y pálido rostro, lo cual le confería un aspecto aún más joven, aún más femenino. No contento con ello, le había cogido el gusto a pintarse las uñas. El escarlata esmalte resaltaba como el fuego en los delgados dedos de aquellas pequeñas manos suyas.

Y, aunque a Salva le gustaban las mujeres, la primera vez que vio aquellas uñas rojas sostener la fina copa de vino durante la cena de celebración del cumpleaños de Laura, algo en su interior pareció despertar. Una urgencia que no había sentido jamás casi lo obligó a saltar sobre la mesa, levantar a su cuñado en volandas y hacerlo suyo allí mismo, delante de todos. Contener aquel impulso resultó dolorosamente complicado.

Aquel fugaz pensamiento insistía en regresar a la mente de Salva día sí y día también, hasta el punto de que, cada vez que se follaba a su novia, se imaginaba que era en el estrecho culo de Tobías donde enterraba la polla. Cada vez que se masturbaba, a su mente acudían las pequeñas manos del chaval, con su brillante esmalte de uñas, rodeándole el rabo y haciéndolo temblar de placer.

Su obsesión fue a más, hasta que el mero hecho de compartir sofá con el hermano de su novia se volvía una tortura: su polla se ponía a palpar con furia, como si pidiera a gritos apoderarse del cuerpo de aquel joven hombre cuyo aspecto, cada vez más, se asemejaba al de una mujer.

Y, como a Salva le gustaban las mujeres, así fue como comenzó a ver a su cuñado: como una mujer. Su voz era lo bastante aguda. Su rostro, brazos y piernas estaban desprovistos de vello. Todo su cuerpo era suave, liso y tierno. Su cabello era largo hasta casi rozarle los hombros. Sus uñas estaban pintadas siempre. A efectos prácticos, Tobías era una mujer. Y a Salva le gustaba Tobías.

Sí, a Salva le gustaba su cuñado, pero como en apariencia Tobías estaba más cerca de ser una mujer que un hombre, aquello no tenía nada de malo. Al fin y al cabo, Salva le gustaban las mujeres. Y, como se acercaban las navidades, se le ocurrió una idea.

Tras la cena de Nochebuena, los padres de Laura solían ir a casa de unos amigos y no volvían hasta altas horas de la madrugada. Normalmente, Laura los acompañaba y, desde que eran pareja oficial, Salva se veía arrastrado a aquellas reuniones. Aquella Nochebuena, en cambio, él tenía otras ideas en mente.

—Cariño, me han llamado estos antes —dijo Salva el día de Nochebuena, cuatro horas antes de la cena con los padres de ella—, que quieren salir a tomar algo después de cenar.

—Ah, bueno, pues les diré a mis padres que no iremos a la fiesta.

—Eh... no, no, tú ve con tus padres —repuso de inmediato. Laura arqueó las cejas—. Es que quieren hacer noche de tíos.

—Uf, qué pereza —dijo ella, con los ojos en blanco—. Vale, pues yo me iré con mis padres. Y tú pásatelo bien en tu «noche de tíos».

—Sí, seguro que nos lo pasamos de puta madre —respondió Salva. Una breve sonrisa le asomó en el rostro.

La primera parte de su plan había salido a pedir de boca. La siguiente parte era algo más complicada, pero podría resolverlo con relativa facilidad. La cena en casa de los padres de Laura era a las nueve y media. Salva sabía que su novia se tomaba por lo menos una hora para ducharse y arreglarse. Sesenta largos minutos durante los cuales la joven acaparaba el cuarto de baño, del cual no osaba salir hasta lucir impecable. Lo único que él tenía que hacer era presentarse en la casa después de que Laura hubiera entrado en el baño.

A las nueve menos cuarto, cuando ella ya debería de llevar al menos un cuarto de hora arreglándose, llamó al timbre:

—¿Sí? —dijo una voz.

—Susana, abre, soy yo —respondió Salva. Susana era la suegra, con quien, por qué negarlo, también había fantaseado con anterioridad. Sin embargo, la suegra era un objetivo mucho más difícil que el que se había propuesto lograr aquella noche.

—Hola, Salva, guapo —dijo la mujer cuando él cruzó el recibidor—. Sí que llegas pronto, Laura todavía está arreglándose.

—Sí, lo sé. Es que... —comenzó a decir, bajando la voz hasta convertirla en un susurro. Susana se acercó a él para poder oírlo mejor—, he venido más pronto para dejarle esto en la habitación sin que se entere.

Susana echó una fugaz mirada a la gran bolsa de papel con la que cargaba el hombre y, en un gesto de comprensión, asintió con la cabeza, le dio un golpecito en el brazo y lo animó a entrar a hurtadillas en el dormitorio de su hija para dejarle el regalo de Navidad con el que, por lo visto, la quería sorprender.

Salva cruzó el pasillo. Había cinco puertas: el cuarto de baño, la primera a la derecha; el despacho de Amador, el suegro, la segunda a la derecha; el dormitorio de los suegros, al fondo; la habitación de Laura, la primera a la izquierda; la habitación de Tobías, la segunda a la izquierda.

Fue aquella puerta la que Salva abrió. Al otro lado, un sorprendido Tobías lo miró, interrumpido mientras se pintaba las uñas de un vivo rosa chicle. El chaval parpadeó varias veces y sus larguísimas pestañas agitaron el aire. Observó mientras Salva cerraba la puerta de la habitación.

—Toma —dijo Salva, sacando de la bolsa una caja de cartón—. Ponte esto y espérame aquí cuando tus padres y tu hermana se vayan. Nos lo vamos a pasar bien tú y yo esta noche.

—¿Qué es? —preguntó Tobías con su afeminada voz. Abrió la caja y sus ojos casi se salieron de sus órbitas al ver lo que había dentro—. ¡Salva! ¿Qué es esto?

—Ya ves lo que es. Tú pónelo todo ahora mismo. Luego nos vemos. —Tobías sonrió. Sus

mejillas adquirieron un intenso tono bermellón. Salva abandonó el dormitorio de su femenino cuñado y esta vez se dirigió al de Laura. Sobre la cama depositó la otra caja que había traído en la bolsa de papel. Dentro había unos tacones negros de los que la chica no había dejado de hablar en todo el mes.

Regresó al comedor, donde la suegra le ofreció algo de beber mientras esperaba a que Laura terminara de arreglarse. Cerveza en mano, ocupó la mitad del sofá mientras el suegro se acomodaba en la otra. Escasas palabras intercambiadas entre ellos: ambos bebían con los ojos clavados en la televisión, aunque Salva no le estaba prestando la menor atención.

Pasados unos minutos, apareció Laura, que gritaba como una loca con los tacones que su novio le había regalado sujetos en las manos. Besó y agradeció a su pareja y se los calzó sin perder un solo instante, admirándolos embelesada. Todos rieron.

Justo antes de empezar a servir la cena, Tobías apareció por el comedor. Los ojos de Salva danzaron de inmediato al cuello del joven, decorado con una fina gargantilla negra. Aquello era parte de los contenidos de la caja que le había entregado. Ver al afeminado joven con aquella gargantilla abrazándole el cuello provocó, casi de inmediato, que la polla de Salva se elevase bien dura hasta presionarse contra el pantalón. Cuando nadie miraba, Tobías le guiñó un ojo a Salva, que sonrió. Ardía en deseos de que la cena culminase lo antes posible.

El primer plato discurrió sin eventos dignos de mención. Fue durante el segundo plato cuando Salva comenzó a lanzar furtivas miradas al reloj, que parecía no avanzar. No podía aguantar más, todo a causa de un simple gesto. Salva, sentado entre la suegra y la novia, se dispuso a beber un trago de vino cuando una extraña presión se le posó en la entrepierna. Lanzó una discreta mirada hacia abajo y pudo ver un pie enfundado en una fina media blanca de encaje. Se atragantó. Miró al frente, donde un sonriente Tobías lo miraba. Mantenía los ojos clavados en él mientras le sobaba la polla con el pie por debajo de la mesa delante de toda su familia, que comía y bebía ajena a lo que estaba sucediendo.

La erección de Salva parecía amenazar con derramar su esencia de un momento a otro, puesto que Tobías, lejos de detenerse, insistía en acariciarle los cojones y el rabo. Comenzó a sudar. Aguantó hasta que no pudo más, momento en que llevó una mano al pie del cuñado. La fina lencería que le había hecho ponerse le acarició los dedos. Apartó el pie de Tobías de su endurecida polla y le lanzó una mirada que decía claramente «en cuanto nos quedemos solos, te voy a reventar». El muchacho se mordió el labio y pareció responder sin palabras «me muero de ganas».

—Bueno —dijo el suegro tras el postre—. Pues es hora de irse, ¿no? Tobías, ¿vendrás o qué?

—No, no —respondió el joven con una floritura de la mano—, yo me quedo aquí.

—Pues como quieras —repuso el suegro, poniéndose en pie. La suegra lo imitó y Laura le dio un beso en los labios a Salva y le estrujó el muslo con las manos.

—Nos vamos, mi amor —dijo Laura—. ¿A qué hora has quedado con tus amigos?

—Dentro de un ratillo. —Se puso en pie con los demás y le lanzó una mirada de soslayo a Tobías, que sonreía mientras se acariciaba la gargantilla. Las uñas rosadas parecían hipnotizar a Salva.

El chico se despidió de todo el mundo y se encerró en su habitación. Los suegros, Laura y Salva salieron de la casa, Salva se despidió de todos y observó cómo se dirigían al coche del suegro. Él, por su parte, entró en su coche, lo arrancó y condujo lentamente. Por el retrovisor, vio cómo el coche del suegro se alejaba en la dirección opuesta. Dio la vuelta a la manzana hasta volver a la casa de los padres de Laura y llamó al timbre.

Segundos después, Tobías abrió la puerta y a Salva se le cayó la mandíbula al suelo. El joven se había quitado toda la ropa, a excepción, por supuesto, de la lencería que le había hecho ponerse. A la gargantilla negra se le sumaba una camiseta interior blanca de encaje, que dejaba ver con total claridad su pálido y suave torso, sin un solo vello ni en el fino pecho, ni en el plano vientre, ni en ninguna otra parte. Sus piernas, cubiertas hasta medio muslo por las medias, con el mismo diseño de encaje que la camiseta interior, se mostraban igualmente finas, pálidas y lampiñas. Y... el tanga rosado, también de encaje, envolvía su pequeño bulto y ensalzaba su redondeado culo, terso y de aspecto tan tierno que Salva sintió la necesidad de hincarle el diente de inmediato.

Cerró la puerta y, sin contenerse, se abalanzó sobre el cuerpecillo de su cuñado, que dejó escapar un leve gritito mientras le devoraba los labios. Sus manos le recorrían el cuerpo, la espalda, los brazos, el culo, donde se entretuvieron y se deleitaron en la maravillosa suavidad de aquellas nalgas. Exploró entre ellas hasta que dio con el pequeño, estrecho y ardiente agujero.

—Vamos a tu habitación —dijo Salva. Tobías se dio la vuelta y Salva le propinó un manotazo en el culo, lo cual hizo que el chico gimiera con su aguda y dulce voz casi indistinguible de la de una mujer. Salva sonrió al ver la marca de su mano dibujarse de inmediato en la piel del cuñado.

Al llegar a la habitación, perdió los pantalones y un eufórico Tobías se dejó caer de rodillas al suelo frente a la imponente polla de Salva, que apuntaba, amenazadora, a su rostro. Sostuvo aquella erección entre las manos y los vivos destellos del esmalte de sus uñas chispearon en los ojos de Salva, que observó mientras las diminutas manos le masajeaban la polla. Entre aquellos dedos, parecía todavía más grande y gorda de lo que era en realidad.

—Venga, cómemela —dijo tras unos instantes. Dicho y hecho, el joven abrió la boca y sus labios rosados rodearon la enrojecida punta del rabo de Salva, que se estremeció ante el repentino y estrecho calor húmedo de la boca del chico, que engullía con habilidad y auténtica devoción la considerable longitud del hombre. Mientras tanto, con los dedos le acariciaba los poderosos muslos—. Joder... —jadeó Salva. Sus caderas cobraron vida y se acompañaron con el movimiento de la boca de Tobías, que, con la mandíbula desencajada, luchaba por llevarse a la boca ese pollón que Salva tenía entre las piernas.

—Mm-mm —gimoteaba el chico con la boca llena de rabo. Las vibraciones le transmitían a la polla de Salva unas placenteras cosquillas que lo arroparon de inmediato, haciendo que él gimiera también.

—Qué bien la comes, se nota que tienes experiencia, ¿eh? —jadeó Salva. Tobías se apartó de aquella polla apenas unos instantes para responder, sonriente:

—Esta es la primera vez.

—¿Sí? —dijo Salva mientras le agarraba del cabello—. Pues abre la garganta, que con lo bien que se te da, ya te digo que no va a ser la última vez que me la comas.

Dicho y hecho, Tobías engulló la polla de su cuñado una vez más. Los movimientos del cuello del chico se compenetraban con los de las caderas del hombre, que se mordía el labio mientras observaba al chaval atragantarse con su rabo. Sentía que los huevos se le removían mientras se acercaba al orgasmo. Pero aquello no podía acabar tan pronto.

—Dame ese culo —dijo con voz ronca y observó cómo su polla salía, babosa, de la boca de Tobías, que se masajeó la dolorida mandíbula. El chico se puso en pie, se dio la vuelta y se dispuso a quitarse el tanga rosa, pero la mano de Salva se detuvo alrededor de su fina muñeca, deteniéndolo—. No, no. Déjate eso puesto.

Salva colocó la mano en el cuello del cuñado y lo empujó con fuerza hacia adelante. Tobías cayó

sobre la cama con un leve gemido de sorpresa. Salva se agachó, apartó el hilo del tanga del chico y se llevó un dedo a la boca para impregnarlo bien de saliva antes de dirigirlo al culito del chaval, que, expectante, temblaba de pies a cabeza.

La yema del dedo de Salva se abrió paso en la estrechez de Tobías, que comenzó a proferir agudos gimoteos. Alentado por los quejidos, Salva introdujo su dedo más profundamente en el agujerito. El cuñado se estremecía y retorció las piernas.

—Fóllame —susurró contra las sábanas. Su voz aguda y dulzona le lamió los oídos a Salva, que sonrió.

—Ya lo creo que te voy a follar. Te voy a follar tan fuerte que no podrás sentarte en una semana, ¿me has oído?

Tobías alzó el culo, ofreciendo su entrada a la palpitante erección de Salva, que, tras ponerse en pie, acercó el rabo a aquellas nalgas. El calor que desprendía su culo hizo que suspirara y comenzó a enterrar la polla en aquel rosado agujerito, que, hambriento, se dispuso a tragarse la rigidez de Salva milímetro a milímetro.

La estrechez de ese culo era casi demasiado para él. Incapaz de contenerse y animado por los cada vez más frecuentes gemidos de Tobías, dejó caer todo su peso sobre él, dejando que sus caderas enloquecieran. Su rabo se abrió paso en el apretado agujero y los espasmos de placer le recorrían sin cesar los muslos, el pecho, los brazos y los huevos. Embistió al chaval con todas sus fuerzas, y este arañó las sábanas con sus uñas rosas. La lencería de encaje que cubría apenas su piel acariciaba el cuerpo desnudo de Salva, que cerró el puño entre el cabello del chico y tiró de él con fuerza. Tobías gritaba, pedía más, lo animaba a follárselo con mayor violencia. Los chasquidos de la carne contra la carne se sumaron a los dulces gemidos del muchacho y los ásperos gruñidos del hombre que, sudando con profusión, no aflojó el ritmo de sus caderas. Al contrario, siguió empotrando al cuñado contra la cama, cuyos dedos de los pies, dentro de las medias blancas, se retorcían sin parar.

—Ah... sí... —gimoteaba Tobías entre los primitivos y rudos rugidos de Salva, que veía que su orgasmo se acercaba inexorablemente.

—¿Quieres que me corra?

—Sí —Tobías asintió con fervor.

—¿Dónde quieres mi lefa?

—En la boca —respondió él de inmediato.

—¿Sí? ¿Te vas a beber toda la leche?

—Sí... —gimoteaba el chico sin parar.

La polla de Salva salió del culo de Tobías. El hombre dedicó unos segundos a admirar su obra: el agujero, antes estrecho y rosado, se veía ahora reventado, dilatado, enrojecido, húmedo y palpitante. Salva sonrió mientras el chico se tumbaba boca arriba sobre la cama y Salva no perdía ni un segundo en penetrarle la garganta. Tobías, incapaz de respirar, no solo no se apartó del rabo de Salva, sino que se dedicó a comérselo con una pasión que el hombre nunca había visto ni en Laura ni en ninguna de sus parejas anteriores. En cuestión de segundos, la abundante lefa, caliente y espesa, salió disparada y se perdió en la boca del cuñado, que la saboreó con vehemencia antes de tragarse hasta la última gota. No permitió que la polla de Salva abandonase sus labios hasta que empezó a perder su rigidez.

—Dios... —Salva se desplomó en la cama junto a Tobías, cuyo tanga se mostraba húmedo, goteando a causa del orgasmo que debía de haber tenido mientras Salva le destruía las entrañas.

—No sabes cuánto tiempo llevaba soñando con esto —suspiró Tobías. Acarició, embelesado, el encaje de sus medias.

—¿Soñando con qué?

—Contigo follándome como lo acabas de hacer —respondió él con una sonrisa.

—Ya... —dijo Salva, riendo por lo bajo—. Pues vete acostumbrando, porque creo que esta no va a ser la última vez que te revienta ese culito tuyo.